

CLUB DEL MISTERIO

MARIA ANGELICA BOSCO



**LA MUERTE  
SOBORNA  
A PANDORA**

**16**



Una mujer ha sido asesinada en el femenino marco de una casa de belleza. Es una mujer la víctima, mujeres los testigos. ¿Será también una mujer la asesina?

Una moderna Pandora busca la respuesta a este enigma en un sorprendente Buenos Aires de contornos reales y clima de maravilla.

Con este libro, María Angélica Bosco confirma las relevantes condiciones que le hicieron conquistar una importante distinción con su primera novela, "La muerte baja en ascensor", y al probar que el género detectivesco no es privativo de más nacionalidad que la del talento, se sitúa en la primera línea de los novelistas argentinos.

## ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

ANDREW HALE MCCLINTOCK, el virtuoso acusado.

TILLY, una ambiciosa mujer de empresa.

INÉS LANGE, la heroína del cuento.

AMANDA MARQUÉS, una peinadora frívola.

CELIA CARDINI, una peinadora más modesta.

MARÍA PAZ, una clienta importante.

CORA VIVAR, otra clienta importante.

DR. ROBERTO ARCOS, un abogado de muchas artes.

CAROLA ARCOS, una clienta inofensiva.

DR. JORGE ARCOS, un médico bondadoso.

JOSÉ DI LAURO, un hombre vencido por la vida...

JUANA, una figura misteriosa.

FERRUCCIO BLASI, un detective vernáculo.

ARTURO LOREDO GODOY, una "sombra" inquisitiva.

LA SEÑORA MARQUES, madre de Amanda.

## PRIMERA PARTE

## I

No me complacía el instituto de belleza "Tilly". Se parecía demasiado a un molde y no era un molde lo que yo buscaba en Buenos Aires en aquellos días. Temía a los moldes como temía a todo lo que pudiera contenerme o deformarme. Quería ser yo misma, lo deseaba con rabioso afán, pero no sabía de qué manera lograrlo.

Sin embargo, el instituto "Tilly" ofrecía un aspecto agradable en aquella calurosa mañana de febrero: como si hubiera sido creado para ella. En la calle, el verano se transformaba en una blanca pantalla agresiva; la mañana, despojada de los matices verdes, dorados y azules del campo, era incolora; el sol absorbía los tonos como el vaho del cemento absorbía los rumores de las gentes y su apurado vaivén.

Cuando uno entraba en el instituto, la armonía parecía restablecerse: el rosado estuco de las paredes, las puertas y muebles pintados de un color blanco opaco, los espejos venecianos, las alfombras azul violáceo, los mostradores de cristal, todo era fresco y pulido. A través de las varillas de las persianas venecianas, las ramas verdes de las acacias formaban un decoroso horizonte municipal de espacio abierto.

A las nueve de la mañana, "Tilly" estaba ya sentada ante su escritorio en el despacho del fondo del corredor. La vi por la rendija de la puerta cuando salía del vestuario contiguo. Ella también me vio, porque sin alzar la vista de los papeles que estaba examinando, me llamó por mi nombre:

—Inés.

Entré en el despacho. “Tilly” se había reservado uno de los cuartos de la derecha. El último de la fila de camarines sobre el corredor.

El calor de febrero había dispersado a la clientela del instituto por los habituales lugares de veraneo; por esa razón los camarines del lado derecho estaban clausurados para su refección; sólo se utilizaban los tres de la izquierda, puesto que el personal de la casa se componía en aquel momento de tres empleadas: Amanda Marqués, Celia Cardini y yo, Inés Lange.

Contrariamente a lo que ocurría durante la temporada, los sábados por la mañana casi no había pedidos. Los viernes, las pocas señoras que permanecían en Buenos Aires salían de la ciudad, por lo general. Aquella mañana de sábado el carnet de anotaciones de la señora María Paz sólo registraba dos nombres, ambos familiares al instituto.

“Tilly” pudo condescender en decorar su salón de belleza con colores que sugerían el interior de un refrigerador, pero en su oficina y en su aspecto seguía siendo Otilia Vázquez de di Lauro, clásica, impersonal, eficiente y sólida: una mujer que sabía llevar sus responsabilidades con absoluta naturalidad.

Muebles de roble y una buena alfombra inglesa, que en verano era reemplazada por una estera de paja trenzada, componían su atmósfera. Junto a la ventana, un clasificador y dos sillones tapizados de cuero frente a la mesa escritorio. El despacho de un hombre de negocios; exactamente lo que Otilia Vázquez era de día y de noche.

Con su estatura menos que mediana y sus ojos vivaces, movediza y reservada a la vez, “Tilly” impresionaba como una de esas mujeres que pueden soportar a todo el mundo porque se sienten capaces de soportarse.

—Inés —me dijo apenas entré en el despacho, abotonando todavía el último botón del guardapolvo anaranjado que nos convertía a las empleadas en otro elemento

decorativo dentro del salón—. ¿Usted atenderá a la señora de Arcos esta mañana?

—Sí, señora.

—Bien, hágala pasar al camarín número dos.

—¡Pero, es el de Amanda! —protesté.

—Ya lo sé —dijo Tilly sin demostrar impaciencia y con la sonrisa de pedir favores—. Amanda ha ocupado el suyo. La señora María Paz está haciéndose atender por ella porque no tenía hora reservada.

¡Siempre lo mismo! Conseguía que una se sintiera incómoda cuando daba una explicación, como si se hubiera visto forzada a hacerlo. Me disponía a salir del despacho, cuando me alcanzó la voz acidulada de Tilly:

—Se ha abotonado mal el delantal, Inés... Corríjalo antes de ir al salón.

Dejé el despacho con la sensación de que el piso se había convertido en uno de los discos giratorios del Parque Retiro. Cada una de mis entrevistas con Tilly me provocaba ese estado de ánimo. Al volver el ángulo del pasillo, choqué con Celia Cardini.

—¿Qué te pasa? —me preguntó con su cara de ángel pervertido, bajo la coronita de la melena negra que le envidiaban todas las clientas del instituto. (¡Jabón Palmolive, hijita, y veintidós años de hacerme el gusto! ¡Cómo para darles la receta a esas viejas contrariadas!).

—¿Estás preocupada? Yo sí que debería estarlo... Por poco me pesca Pedrito anoche... Iba con un muchacho estupendo...

No tenía ganas de escuchar el relato de su última conquista amorosa. Empezaba a resultarme monótona aquella eterna conversación sobre las mil caras que el amor tenía para Celia. Su doctrina en materia de problemas sexuales podía resumirse, más o menos, de este modo: "rapidez en la ejecución y multiplicidad en los temas".

Por fortuna, tampoco Celia estaba dispuesta a hablar de amor esa mañana. Miró el reloj de pulsera que llevaba

y suspiró:

–Ese me hizo creer que me hacía un buen regalo, pero es un “tacho”. Otra vez no anda. ¿Tienes hora?

–Las diez menos diez –contesté, mirando el reloj de la plaza, cuya esfera aparecía en el centro de la ventana del camarín número tres. Lo veía perfectamente por la puerta entreabierta.

–¡Ojalá no se retrase Cora Vivar! A las doce menos cuarto tengo que encontrarme con Pedrito.

–¿Por qué la atiendes a Cora hoy, en lugar de hacerlo Amanda, como siempre?

–¡Orden de Tilly! Hoy tenemos un poco de intriga para sacudir el olor a corrección del recinto... Cora Vivar a las diez y el doctor Arcos a las once. ¡Conferencia de negocios con la vieja!

No era muy justo llamar vieja a Tilly, quien se atribuía sus cuarenta y cinco años.

Empezaba a explicarme la razón del cambio de camarines. Puesto que Roberto Arcos vendría aquella mañana, Tilly neutralizaba la presencia de las dos rivales en la casa, colocando entre el camarín de una y otra a la inofensiva Carola, la mujer de Jorge Arcos. Los camarines estaban separados por tabiques y las mujeres tienen una tendencia inmanente a confundir a la manicura o al peinador con su confesor.

Los mellizos Arcos, Jorge, el médico, y Roberto, el abogado y asesor jurídico de Tilly, constituían una pareja pintoresca. Eran un par de niños terribles, de éstos que han inspirado capítulos enteros sobre fijaciones infantiles, analizando causas que no prevén efectos. Se decía que utilizaban el parecido para evitar las consecuencias de sus aventuras amorosas, echándose la culpa el uno al otro ante sus correspondientes esposas.

Pero, si la inquietud sentimental de Roberto afligía a María Paz, Carola, en cambio, se mostraba indulgente y maternal frente a Jorge. Ella misma había sugerido a su

cuñada una actividad que la distrajera de sus celos perpetuos y tormentosos. Hacía algunos meses que María Paz se había convertido en socia de Tilly.

—A ver si así deja en paz al pobre Roberto. Será una bendición que la vean menos en la casa. Vuelve locos a los chicos y a las sirvientas. ¡No entiendo por qué se complica tanto! Cuando uno quiere la exclusividad de un marido tiene que elegirlo paralítico o de ochenta años, por lo menos —declaraba Carola con su brutal franqueza, o mejor dicho con su eterno empeño por eliminar los problemas, como si la presencia de alguno fuera un insulto a la filosofía que se había construido para sobrevivir.

Roberto y María Paz Arcos llevaban veinte años de matrimonio. Sin el afán de predominio que le marcaba los rasgos con implacable cincel, ella habría sido aún una mujer hermosa. El amor propio la devoraba. Según decían, en los primeros años del matrimonio, María Paz se negaba a tener hijos para conservar una independencia que empleaba íntegra en la persecución del marido. A esa idea obsesionante se debió, más tarde, el nacimiento de los dos niños: Roberto, entonces de diez años, y Gloria, de siete. Las criaturas fueron un cambio de táctica. María Paz empleaba la estrategia para todo.

Un observador objetivo hubiera juzgado semejante despliegue de fuerzas tan dramático e inútil como el de un ejército moderno lanzado a la conquista de una toldería. Roberto Arcos era un enamorado de sí mismo y sólo veía a las mujeres como un complemento de lo que juzgaba su irresistible personalidad.

¿Cuál de los dos Arcos era el amante de Cora Vivar? ¿Y era alguno de ellos su amante, en realidad? Ambos se mostraban en público con la actriz famosa, la hermana menor de Tilly. Uno la asistía como médico y el otro como abogado. ¿Qué tenía, pues, de particular que algunas veces la acompañaran o que la visitaran en su departamento?

Cuando desembocamos en el salón, un codazo de Celia Cardini me arrebató a mis excitantes especulaciones mentales.

—Ahí está Cora Vivar. Fíjate el modelito que se trae.

Cora Vivar subía las escaleras. Como toda mujer que llega sabiamente a la madurez, dominaba su triunfo, que no había sido un proceso fácil para ella. Había perdido en la brega el entusiasmo y la impaciencia y, por lo mismo, poseía la técnica del atractivo.

Ella y Otilia Vázquez eran las dos únicas hijas de un tendero español establecido con una casa de ramos generales en uno de los pueblos del sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Entre ambas se había creado la solidaridad que sólo puede crearse en los hermanos de temperamentos opuestos; porque si Otilia heredó lo que se ha dado en llamar, para evitar engorros intelectuales, “virtudes de la raza”, Cora demostró ser la encarnación de la frase de Anatole France: “los padres están siempre en el error”.

Hasta la muerte del padre, Otilia se mantuvo fiel a su origen. Después, Cora, la tráfuga, adquirió jerarquía de jefe de familia. Con la pequeña fortuna heredada, Otilia, que se había casado años atrás con José di Lauro, un mecánico, vino a Buenos Aires a pedido de su hermana e instaló el salón de belleza. Cora, a quien nunca atemorizaran los anatemas paternos, aportó consejos y clientela; pero si el instituto se convirtió en un negocio floreciente, fue gracias a las condiciones tradicionales de Otilia. Ambas hermanas, desprejuiciada una y consecuente la otra con la moral pacata (Tilly decía honor y Cora sexo), avanzaron por su propio camino sin que Otilia se desprendiera de la rémora de su juventud, representada ahora por José di Lauro, un marido humilde y acomodaticio.

Aquella mañana, Cora llevaba uno de esos vestidos de matices muy claros, casi incoloros, que ella prefería, porque son los que hacen resaltar mejor el colorido de las mujeres de tez mate y cabellos bronceados.

Modificaba siempre las líneas de la moda hasta adaptarlas a su figura ceñida y un poco estrecha de caderas. A pesar de ese principio de flacura que, con los ojos levemente saltones y muy brillantes, denunciaba su temperamento sensual y un principio de hipertiroidismo, tenía unos hombros magníficos. Sobre todo el arranque del brazo era perfecto. Los hombros de Cora Vivar habían adquirido buen renombre y ella los lucía en el escenario, con más frecuencia de lo indicado por las circunstancias; en cambio en la calle era sobria con su peculiar atractivo. Ni siquiera ese verano en que las mujeres habían impuesto por primera vez los soleros, Cora mostraba los hombros desnudos.

—¿Mi hermana está aquí? —nos preguntó cuando llegó hasta nosotras.

—La señora Tilly está en su escritorio —me apresuré a contestarle.

—¿Sola?

—Sí, señora.

—Espéreme un momento, hijita —dijo la actriz, dirigiéndose a Celia.

Celia se sonrojó. La facilidad con que el color le subía a la cara cada vez que algo la incomodaba, había engañado a más de uno de sus amigos.

—No se aflija que no tardaré mucho —la tranquilizó Cora Vivar.

¡Muy de ella eso de pedir disculpas por las pequeñas molestias que causaba! Aparecía así indecisa e irónica como una jovencita avergonzada que no sabe disimular sus debilidades...

Apenas Cora Vivar desapareció por el pasillo, Celia Cardini se metió en el camarín de la esquina para esperarla y yo me fui al vestuario. Las alfombras apagaban los pasos y sólo llegaba hasta mí el zumbido del ventilador y un apagado murmullo de voces desde el escritorio.

El vestuario no era un lugar alegre para entregarse a la meditación. Su parte exterior había sido destinada a cuarto de baño. Una habitación interior es algo que soporto de mala manera en invierno, pero, en verano, me produce náuseas espirituales.

Había llegado a sentirme prisionera del trabajo en Buenos Aires como antes me sintiera prisionera de la rutina y de la calma cuando vivía en la chacra con mi familia. No imaginaba en ese momento que muy pronto conocería un tipo de prisión más angustiada: la de lo incierto, la garra del peligro que se clava en los nervios y los retuerce, volviéndolos incapaces de sentir otra cosa, aparte del relajamiento del miedo.

El monótono e impreciso zumbido del ventilador que revoloteaba sobre mi cabeza como un malestar informe, acabó por enervarme. Desconecté el artefacto y comencé a echarme aire con la revista que tenía en la mano. Del otro lado del tabique, las voces se precisaron:

–No te lo aconsejo, Cora –decía Tilly–. Conste que, si me permito hablarte así, es porque me despojo de toda parcialidad. Quiero que entiendas que en mi consejo no influye ningún sentido de personales conveniencias. Pero lo considero un disparate.

–La verdad nunca puede ser un disparate –replicaba Cora, casi como si interrogara.

–Lo es cuando hace sufrir a los demás.

–Será lo mejor para todos... Tengo que hablar con Roberto, ahora..., hoy mismo...

–Está bien; eso es cosa tuya. Pero, ¿por qué quieres hacerlo aquí? ¿Por qué no lo citas en tu casa?

–Porque Juana sospecharía algo... No, Otilia, en casa no; Juana se enteraría de todo, al final.

–¿Qué puede importarte?

–A ella le importa. Tiene una especial habilidad para torcer las cosas que puedan perjudicarme. No, Otilia, bas-

tante me he comprometido con Juana. Hablaré con Roberto aquí.

–Es peligroso... Todo esto me parece peligroso –murmuró Tilly.

–Espera hasta que haya hablado con Roberto para dírsele a José, Otilia...

–Tú se lo dirás... Es tu problema –recalcó la hermana mayor.

–Señorita Inés –llamó una voz desde el pasillo. Amanda Marqués, la otra empleada del salón de belleza entraba en el vestuario.

–¡Qué ganas de achicharrarte! –exclamó mientras ponía otra vez en marcha el ventilador–. Vine a buscarte porque ha llegado tu cliente.

Amanda Marqués era la más bonita y popular de las empleadas, para toda la clientela. Había mucha dulzura en su frente amplia bajo los cabellos del color de las castañas maduras y en sus ojos grises como la resaca.

–¿Dónde está? –pregunté.

–En el salón, eligiendo un perfume. Mejor será que vayas cuanto antes. Yo no puedo dejar a la señora María Paz y no sé qué tiene Celia que hoy no sirve para nada.

Seguí a Amanda que me precedía por el pasillo. Los espejos reflejaban, al pasar, nuestras figuras uniformes.

–Celia está nerviosa porque Cora Vivar se retrasa charlando con Tilly.

Aunque en el instituto todas admirábamos a Cora Vivar, Amanda era su preferida. Dotada de una pasividad amable, a ella se le encomendaban los casos difíciles. Con las compañeras mantenía una reserva que soportábamos porque se nos imponía con su falta de afectación y de ambiciones personales.

–¿Sabías que Cora Vivar está aquí? –le pregunté–. Me extraña que no te haya reclamado.

–Después te lo cuento –me dijo, poniéndose un dedo sobre los labios al mismo tiempo que abría la puerta del

camarín número uno. Tuve que seguir mi camino hasta el salón donde Carola Arcos esperaba delante de una fila de frascos de formas caprichosas, que iba destapando uno tras otro. Aspiraba risueñamente el perfume como si estuviera entregada a un alegre rito. Del otro lado del mostrador, Celia lanzaba frenéticas ojeadas al pasillo.

–¡Hola, Inés! –me saludó la señora de Arcos al verme aparecer–. ¿Qué te parece esto? –me tendía una botellita hexagonal–. Quiero hacerle un regalo a mi marido.

–¿Por qué no lleva el agua de Colonia que usa siempre, señora? –le aconsejé.

–Porque voy a proporcionarle una variante. Proporcionarles, debía decir –se corrigió mirando a Celia que enrojeció–. “La donna è mobile”, ¿verdad? ¿Saben cómo lo traduzco? La mujer es movilizable. A ver. Olé este otro. ¿Qué es?

–Verbena. Una nueva mezcla.

–Me conviene. Es fuerte. Servirá para hacer de policía entre mis amigas porque damos una fiesta la semana que viene. Los perfumes poco conocidos se perciben mejor. Con los otros pasa como con los defectos, que con la costumbre no se notan. Voy a llevarlo.

–Señorita Celia –interrumpió la voz de Tilly desde la entrada del salón–. La señora Cora está esperando...; quiere un lavado de cabeza y un masaje facial.

–Voy en seguida –dijo Celia lanzando una mirada angustiosa a su inútil reloj de pulsera antes de precipitarse hacia el camarín número tres.

–Le recuerdo –dijo Tilly atajándola– que debe dejar el camarín en orden. Ema –la encargada de la limpieza– no ha venido hoy.

Imaginé el pedido de Celia, que se atolondraba como un remolino cada vez que le exigían un trabajo extra.

Carola Arcos sonreía como si estuviera escuchando algo muy divertido. Su agudo sentido del humor debía de convertirla en un molesto testigo para la vida diaria; sólo